

—No, no, yo te quiero, no tengas miedo.

Y lleno de emoción lloró también, bajo el fatal influjo de aquella enfermedad abominable que de nuevo se apoderaba de él, enfermedad de la que nunca se vería curado. Era su sentimiento una vergüenza, una desesperación sin límites.

—¡Quiéreme, quiéreme tú también con todas tus fuerzas, pues lo necesito tanto como tú!

Severina se estremeció y quiso enterarse.

—¿Tú tienes disgustos? pues dímelos.

—No, no, disgustos no; cosas que no existen, tristezas que me hacen muy desgraciado, sin que ni siquiera pueda hablar de ellas.

Ambos se abrazaron, confundiendo la espantosa melancolía de su dolor. Era un sufrimiento infinito, sin olvido posible, sin perdón. Lloraban y sentían sobre sus hombros las fuerzas ciegas de la vida, la cual se compone de lucha y de muerte.

—Vamos—dijo Santiago desasiéndose el primero—ya es tiempo de pensar en la marcha.... Esta noche estarás en el Havre.

Severina, triste, con mirada dolorosa y vaga, murmuró después de un silencio:

—¡Y si fuese libre, si no tuviera á mi marido!.... ¡Ah! ¡qué felices seríamos juntitos, y qué pronto olvidáramos!

Hizo él un gesto violento y pensó en voz alta:

—Y claro está que no podemos matarle.

Severina le miró fijamente y Santiago se estremeció, extrañándose por haber dicho aquello en que nunca había pensado.

Puesto que quería matar, ¿por qué no mataba á aquel hombre que les estorbaba? Y cuando echó á correr al Depósito, Severina le cogió de nuevo en sus brazos, cubriéndole de besos.

—¡Oh, bien mío, quiéreme mucho!—Yo te querré mucho más, muchísimo más todavía, y ya verás qué felices somos.

IX

En el Havre, en los días siguientes, Santiago y Severina estuvieron muy reservados, llenos de inquietud. Puesto que Roubaud lo sabía todo, ¿no iba á acecharlos, á sorprenderlos, para vengarse de ellos dando un escándalo?

Recordaban sus arrebatos celosos, sus brutalidades de antiguo mozo de tren, pegando á puño cerrado. Y precisamente les parecía, al verle tan pesado, tan mudo, con su mirada turbia, que meditaba alguna ferocidad cazarra, alguna alevosía que les pusiese á merced suya. Así es, que durante el primer mes no se vieron sino con mil precauciones, siempre en acecho.

Roubaud se ausentaba cada vez más. Quizás no desapareciese de aquella manera, sino para volver de improviso y encontrarlos el uno en brazos del otro. Pero ese temor no se realizaba. Al contrario, de tal modo se prolongaban sus

ausencias, que ya no se le veía, escapándose en cuanto estaba libre, volviendo únicamente en el momento preciso que el servicio lo reclamaba. Las semanas que estaba de día hallaba medio, á las diez, de almorzar en cinco minutos, desapareciendo luego hasta las once y media; y por la tarde á las cinco, en cuanto venía á reemplazarlo su colega, ya estaba otra vez fuera, quizás para no volver á casa en toda la noche. Apenas dormía algunas horas. Lo mismo sucedía con las semanas de servicio de noche; libre entonces desde las cinco de la mañana, comía y dormía fuera sin duda, pues nunca regresaba hasta las cinco de la tarde.

Durante largo tiempo, en medio de aquel desorden, había conservado una puntualidad de empleado modelo, siempre presente en el minuto preciso, tan cansado á veces, que no se podía tener de pie, mas activo, sin embargo, concienzudo en su trabajo. Pero ahora aflojaba. Ya dos veces el otro subjefe, Moulín, tuvo que esperarle por espacio de una hora; un día, después de almorzar, al saber que no se presentaba, fué á reemplazarlo, como buen compañero que era, para evitarle una reprimenda. Y todo el servicio de Roubaud principiaba á resentirse de aquella desorganización lenta. Ya no era el hombre activo, que ni despachaba ni recibía un tren, sino después de haberlo examinado todo, consignando los detalles más insignificantes en el oficio que dirigía al jefe de estación, y siendo duro con los demás y consigo mismo.

Por la noche se dormía con un sueño pesado, en el fondo de la butaca de su despacho. Aun despierto parecía estar dumiendo; iba y venía por el andén con las manos cruzadas detrás de la espalda, dando con voz monótona órdenes, cuya ejecución no vigilaba.

Mas el servicio continuaba bien, á pesar de todo, por la fuerza de la costumbre; tan sólo hubo de ocurrir un choque debido á negligencia suya: un tren de viajeros lanzado sobre la vía de resguardo. Sus colegas se reían de él, diciendo por todas partes que Roubaud estaba siempre de juerga.

La verdad era que el subjefe vivía ahora en el primer piso del café del Comercio, en la salita aislada, convertida poco á poco en garito. Decían que iban allí mujeres todas las noches; pero en realidad sólo acudía una, la querida de un capitán retirado, la cual tenía lo menos cuarenta años, y era jugadora deshecha, y mujer sin seso. Roubaud sólo satisfacía la tétrica pasión del juego, despertada en él al otro día del crimen, por la casualidad de una partida de *piquet*; pasión acrecentada luego y cambiada en costumbre imperiosa, merced al olvido absoluto y anadamiento que le proporcionaba. Aquella pasión le poseía hasta el punto de ahuyentar el deseo de la mujer en aquel varón brutal; le tenía cogido por completo, como la única saciedad que contentaba sus apetitos. Y no era que le atormentara la necesidad de olvidar; pero en medio de la sacudida que desconcertaba su in-

terior, en medio de su existencia envenenada, había hallado el consuelo, el aturdimiento de felicidad egoísta que podía gozar á solas; y todo se hundía en el fondo de aquella pasión que acababa de desorganizarlo. No le habría proporcionado el alcohol horas más ligeras, más rápidas ni más independientes. Hasta se había librado de las zozobras de la vida, parecíale vivir con una intensidad extraordinaria, pero lejos, despreocupado, sin que ya hiciesen mella en él los disgustos que antes tanto le amargaban.

Y disfrutaba buena salud, fuera del cansancio de las noches pasadas en vela; hasta engordaba, llenándose de una grasa pesada y amarilla; tenía pesados y carnosos párpados sobre sus ojos turbios. Cuando volvía á su casa lentamente, haciendo gestos adormilados, todo le causaba un soberano desprecio.

La noche en que Roubaud había ido á coger los trescientos francos en oro, bajo el pavimento, quería pagar al Sr. Cauche, el comisario de vigilancia, á consecuencia de varias pérdidas sucesivas. Este, jugador encanecido, estaba dotado de una sangre fría que le hacía temible. Decía que sólo jugaba por pasar el rato; veíase obligado, dadas sus funciones de magistrado, á conservar las apariencias de antiguo militar, solterón, viviendo en el café, como un parroquiano asiduo y tranquilo; lo cual no le impedía barajar los naipes durante toda una noche y llevarse el dinero de los demás. Habían corrido al-

gunos rumores que le acusaban también de descuidar tanto sus funciones que se trataba de obligarlo á hacer dimisión.

Pero las cosas iban despacio; habiendo tan poco trabajo ¿por qué exigir más actividad? Y se contentaba con presentarse un instante sobre los andenes, donde todos le saludaban.

Tres semanas después, Roubaud debía aún cerca de cuatrocientos francos al señor Cauche. Había dicho que la herencia de su mujer les permitía vivir con mucho desahogo; pero añadía, riéndose, que ésta tenía las llaves de la caja, lo cual excusaba su lentitud en pagar las deudas de juego. Una mañana que estaba solo, acosado por la necesidad, levantó de nuevo el friso y cogió en el escondite un billete de mil francos. Todos sus miembros temblaban, no había experimentado semejante emoción la noche en que sacó el oro: sin duda consideraba que aquello era sólo un piquillo, y que entonces, con aquel billete, era cuando principiaba el robo. Un mal-estar erizaba su carne, pensando en aquel dinero sagrado, al que había jurado no tocar nunca. También en otro tiempo juró dejarse morir de hambre antes que robar, y luego robó. No podría decir cómo se habían ido desvaneciendo sus escrúpulos, sin duda un poco cada día, por la lenta fermentación del crimen.

Al llegar al fondo del hoyo creyó sentir humedad y algo blando y nauseabundo que le causó horror. Vivamente colocó de nuevo el friso, jurando cortarse la mano antes que tocar otra vez aquello.

Su mujer no le había visto, y aliviado respiró, bebiendo un vaso de agua para reponerse. Su corazón latía de gozo al pensar en aquella deuda pagada y en aquella gran cantidad que jugaría.

Pero cuando llegó la hora de cambiar el billete, la angustia de Roubaud recomenzó. Antes era valiente y se habría entregado á no haber cometido la tontería de mezclar á su mujer en aquellos belenes; mientras que ahora, sólo con pensar en los gendarmes, sentía correr por su cuerpo un sudor frío.

Por más que supiese que la justicia no tenía los números de los billetes desaparecidos, y que además dormía la causa, enterrada para siempre en las carpetas del sobreseimiento, el espanto se apoderaba de Roubaud no bien trataba de entrar en algún sitio para pedir cambio.

Durante cinco días conservó el billete en su bolsillo; y era para Roubaud una costumbre continua, una necesidad, tentarlo, cambiarlo de sitio, y no separarse de él durante la noche.

Construía planes muy complicados, tropezando siempre con temores imprevistos. Primero buscó en la estación: ¿por qué no se lo cambiaría un colega empleado en el despacho de billetes? Mas pareciéndole aquello sumamente peligroso, se le ocurrió ir sin su gorra de uniforme á la otra extremidad del Havre á comprar cualquier cosa. Sólo que ¿no se extrañarían de verle pedir cambio de aquella cantidad por el objeto insignificante que pudiera comprar?

Y por fin decidió cambiar el billete en el estanco del paseo Napoleón, en donde entraba diariamente: ¿no era esto lo más sencillo? Bien sabía la estanquera que había heredado, y por consiguiente, ningún recelo podía tener.

Llegó hasta la puerta, pero se sintió desfallecer y bajó hacia la dársena de Vauban para animarse.

Después de media hora de paseo volvió, sin decidirse aún.

Y aquella misma noche, en el café del Comercio, estando allí el señor Cauche, una brusca valentonada le hizo sacar el billete del bolsillo, pidiendo á la dueña del café que se lo cambiara; mas como ella no tenía cambio, mandó al camarero al estanco. Hasta chancieron sobre el billete, que parecía nuevecito, aunque su fecha era de diez años.

El comisario de vigilancia lo había cogido y le daba vueltas, diciendo que seguramente el tal billetito debía haber dormido en el fondo de algún hoyo; lo cual dió lugar á que la querida del capitán retirado se hundiese en una historia interminable de fortuna escondida y después encontrada debajo del mármol de una cómoda.

Pasaron semanas, y aquel dinero que Roubaud tenía entre manos, acababa de irritar su pasión. No era que jugase fuertes sumas, sino que una mala suerte le perseguía, tan constante y tan negra, que las pequeñas pérdidas diarias, sumadas, llegaban á formar grandes cantidades. Hacia el final del mes se encontró de

nuevo sin un cuarto, debiendo ya de palabra algunos francos, enfermo por no atreverse á tocar un naípe.

Luchó, y sin embargo, estuvo á punto de guardar cama.

El recuerdo de los nueve billetes que dormían allí, bajo el pavimento del comedor, era para él una tentación de cada minuto; los veía al través de la madera, sentía que calentaban las suelas de su calzado. ¡Y pensar que si hubiese querido, todavía podría coger uno! Pero esta vez, bien jurado estaba, se quemaría la mano antes que registrar. Al quedarse dormida Severina una noche más temprano que de costumbre, cediendo Roubaud, levantó el friso con rabia, y se sintió aquel hombre ahogado por tal tristeza que sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Para qué resistir así? No sería sino un sufrimiento inútil, puesto que habría de irlos cogiendo hasta el último, uno á uno.

A la siguiente mañana notó Severina por casualidad un roce reciente en el ángulo del friso. Se bajó y vió rastros de haber sido removido aquello. Bien claro estaba que su marido continuaba cogiendo dinero. Y le extrañó la cólera que se apoderó de ella, pues generalmente no era interesada; además que también se creía resuelta á morir de hambre antes que tocar aquellos billetes manchados de sangre. ¿Pero no eran suyos tanto como de su marido? ¿Por qué disponía de ellos, ocultándose, y aun evitando consultarla?

Hasta la hora de comer estuvo atormentada por la necesidad de saber algo fijo acerca de aquello, y á su vez quiso levantar también el friso; pero sintió en sus cabellos como un aliento frío al pensar en descubrir sola el escondite. ¿Podría el muerto levantarse de aquel hoyo? Este miedo de niño la hizo tan insoportable el comedor, que se llevó su labor y se encerró en su cuarto.

Por la noche, mientras ambos comían en silencio un resto de guisado, nueva irritación la puso fuera de sí, al ver á Roubaud echar ojeadas involuntarias hacia el ángulo del pavimento.

—¿Has cogido más, eh?—preguntó ella bruscamente.

Levantó él la cabeza, y mostró el rostro lleno de extrañeza.

—¿Qué?

—Vamos, no te hagas el inocente, de sobra me comprendes..... Pues escucha: no quiero que cojas más, pues tanto es mío como tuyo, y yo me pongo enferma al saber que tocas ahí.

Generalmente, Roubaud evitaba las disputas. La vida común no era ya sino el contacto obligado de dos seres ligados uno á otro, pasando días enteros sin cruzar una palabra, yendo y viniendo el uno al lado del otro, como extraños, indiferentes y solitarios. Así es que se contentó con alzar los hombros, rehusando toda explicación.

Pero ella estaba muy excitada, quería acabar con la cuestión de aquel dinero escondido,

que venía siendo su pesadilla desde el día del crimen.

—Quiero que me contestes..... Atrévete á decirme que no has cogido más dinero.

—¿Y á ti qué te importa?

—Me importa, porque me pone mala. Hoy mismo, sin ir más lejos, he tenido miedo, no he podido quedarme aquí. Cada vez que registras ahí tengo sueños espantosos durante tres noches..... nunca hablamos de eso; y por consiguiente, estate quieto y no me obligues á que hable.

Roubaud la contemplaba con sus ojos saltones y fijos, y repitió arrastrando las palabras.

—¿Qué te importa que toque yo eso, si no te obligo á que me imites? Es cosa mía, es para mí.

Estuvo Severina á punto de hacer un gesto de violencia, pero lo reprimió. Y luego, fuera de sí, con semblante en el cual se reflejaba el sufrimiento y el asco, dijo:

—Mira, no te comprendo..... Antes, sin embargo, eras un hombre honrado; nunca hubieras cogido un céntimo de nadie..... Y lo que hiciste podría perdonarse, porque estabas loco, tan loco como loca me habías puesto á mí..... Pero ese dinero ¡ah! ese dinero abominable que ya no debería existir para tí, y que vas robando cuarto á cuarto para tu placer..... ¿Qué es lo que te sucede? ¿cómo puedes haber descendido á tan bajo extremo?

El la escuchaba, y en un minuto de lucidez también se extrañó de haber llegado en su de-

gradación hasta el robo. Las frases de la lenta desmoralización se borraban, no podía reanudar lo que el crimen había roto en torno suyo.

Su hogar estaba deshecho, su mujer se alejaba de su lado enemistada y hostil; pero como esto era ya irreparable, Roubaud hizo un gesto, por el cual quiso demostrar que desechaba reflexiones importunas, y dijo:

—Cuando un hombre se aburre en su casa, va á distraerse fuera. Puesto que ya no me quieres.....

—¡Oh, no, ya no te quiero!

La miró y dió un puñetazo sobre la mesa. Subióle, en esto, á la cara una ola de sangre.

—¡Pues entonces vete á paseo! ¿Acaso te impido yo que te diviertas? ¿Me meto yo á juzgar tus acciones?.... Muchas son las cosas que un hombre honrado haría en mi lugar, y sin embargo, no las hago. Por de pronto, debería echarte fuera con un puntapié en el trasero. Y después quizás yo ya no robaría.

Severina estaba muy pálida, pues con frecuencia había pensado que cuando un hombre celoso se ve atormentado por el vicio que le domina hasta el punto de hacerle que tolere un querido á su mujer, da indicios de padecer una gangrena moral, cada vez más grande, capaz de matar los demás escrúpulos, desorganizando toda la conciencia. Pero Severina se apartaba de aquello rehusando aceptar responsabilidad alguna. Y con voz agitada, gritó:

—Te prohibo tocar el dinero.

Roubaud había acabado de comer. Tranquilamente dobló su servilleta y se levantó, diciendo con tono zumbón:

—Mira, si quieres vamos á repartir.

Y ya se bajaba como para levantar el friso, cuando ella se precipitó poniendo el pie sobre el solado.

—¡No, no! Ya sabes que preferiría morir.... No abras eso. ¡No, no! ¡delante de mí no!

Severina aquella misma noche tenía cita con Santiago detrás de la estación de mercancías.

Al volver, después de las doce, la escena de la comida se evocó, teniendo Severina que encerrarse con llave dentro de su cuarto. Roubaud estaba de servicio de noche y no temió Severina que su marido subiera á acostarse, cosa que pocas veces sucedía.

Quedóse cubierta hasta la barba con la sábana, después de haber bajado la luz de la lámpara, mas no pudo dormirse. ¿Por qué había rehusado el reparto? Ya no era tan viva la lucha de su honradez al pensar en aprovecharse de aquel dinero. ¿No había aceptado el legado de la Croix-de-Maufras?

Pues también podía coger el dinero. Mas enseguida volvía el espanto. ¡No, no, nunca! Sí, habría cogido el dinero; pero lo que no se atrevía á tocar sin temor á que se le abrasaran los dedos, era aquel dinero robado sobre un muerto, el abominable dinero del crimen. De nuevo se calmaba, raciocinaba; no lo habría cogido para gastarlo; al contrario, lo habría escondido en otra

parte, en un sitio que ella sola conocía, donde hubiera dormido eternamente, y además, siempre sería una mitad de la suma salvada de manos de su marido. No triunfaría mirando todo el dinero; no iría á jugar lo que era de ella.

Cuando el cuco dió las tres, estaba Severina deplorando amargamente haber rehusado el reparto. Se le ocurría una idea confusa, lejana aún; levantarse, registrar bajo el pavimento para que nada le quedara á Roubaud. Sólo que se sentía helada de terror y abandonó aquel pensamiento. ¡Cogerlo todo, guardarlo, sin que él se atreviese siquiera á quejarse! Aquel proyecto se imponía poco á poco en su espíritu, en tanto que una voluntad más fuerte que su resistencia nacía de las profundidades inconscientes de su ser. No quería, y sin embargo saltó bruscamente de la cama, pues no podía resistir á aquel impulso. Dió más luz á la lámpara, pasando luego al comedor.

Desde aquel minuto Severina ya no tembló. Sus terrores desaparecieron y procedió friamente, con gestos lentos como los de un sonámbulo. Tuvo que buscar el hierro de atizar la lumbré, que era con lo que Roubaud levantaba el friso. Y cuando ya quedó descubierto el hoyo, como no veía bien, acercó la lámpara por encima, en el borde de la mesa. Mas un estupor la clavó allí, inclinada, inmóvil; el hoyo estaba vacío. Claro era que mientras ella corría á su cita, Roubaud, atormentado por el mismo deseo, se había adelantado para cogerlo todo y guardarlo; de un golpe había cogido todos los bille-

tes, sin dejar uno. Severina se arrodilló, no viendo en el fondo más que el reloj y la cadena, cuyo oro relucía entre el polvo de las viguetas. Una rabia fría la tuvo allí un instante rígida, medio desnuda, repitiendo varias veces en voz alta:

—¡Ladrón! ¡ladrón! ¡ladrón!

Luego, con un movimiento furioso, cogió el reloj; una gruesa araña negra, molestada, echó á correr por el yeso. Severina puso en su sitio el friso á taconazos y volvió á acostarse, dejando la lámpara sobre la mesa de noche; cuando entró en calor miró el reloj, que había conservado en su puño apretándolo, y lo miró, examinándolo largo rato. Sobre la tapa tenía las dos iniciales del presidente, entrelazadas. En el interior leyó el número 2.516, un número de fábrica. Era una joya muy peligrosa de guardar, pues la justicia conocía aquel número.

Severina en la ceguedad de su ira por no haber podido salvar más que aquello, no tenía miedo: Hasta notaba que se habían acabado sus pesadillas, toda vez que no existía ya ningún cadáver bajo el solado.

Le sería posible á Severina andar libremente por su casa, á su antojo. Puso el reloj debajo de la almohada, apagó la lámpara y se durmió.

Al otro día, Santiago, libre todo el día, esperó que Roubaud se marchara al café del Comercio, según su costumbre, para subir á almorzar con Severina. Mientras duró la comida, estuvo ésta nerviosa y habló del dinero, contándole cómo había encontrado vacío el escondrijo.

El rencor que sentía contra su marido no se apaciguaba. El mismo grito volvía á repetirse.

—¡Ladrón! ¡ladrón! ¡ladrón!

Severina trajo el reloj, empeñándose en dárselo á Santiago, á pesar de la repugnancia que éste oponía á recibirlo.

—Comprende una cosa, querido mío, y es que nadie irá á buscarlo á tu casa. Si lo dejo aquí, también se lo llevará mi marido, y mira, preferiría dejar que me arrancase un pedazo de carne... No, hartó se ha llevado ya. No es que quisiera yo aquel dinero; me causaba horror, nunca habría gastado un cuarto de los tales billetes; pero ¿tenía derecho él para aprovecharse de ellos? ¡Oh! ¡le odio!

Y lloraba, insistiendo con tales súplicas, que el joven acabó por guardar el reloj en el bolsillo del chaleco.

Pasó una hora y Santiago conservaba todavía á Severina sobre sus rodillas, medio desnuda, recostada contra su hombro, abrazada á su cuello, prolongando de este modo una lánguida caricia, cuando Roubaud, que poseía la llave del cuarto, apareció. Un salto brusco puso en pie á Severina. Roubaud la cogía *in fraganti*, era inútil negar. El marido quedó parado, no pudiendo adelantar un paso, en tanto que el amante, estupefacto, siguió sentado sobre su silla. Entonces, Severina no se cortó apelando á una explicación cualquiera, sino que se adelantó repitiendo rabiamente:

—¡Ladrón! ¡ladrón! ¡ladrón!

Durante un segundo, Roubaud titubeó. Luego, con el movimiento de hombros que le era habitual cuando afectaba quitarse de encima todo cuidado, entró en el cuarto y cogió un libro de apuntes de servicio, que había olvidado al salir. Mas ella le perseguía, le abrumaba.

—¡Has registrado el escondrijo, atrévete á decir que no!.... ¡Y has cogido todo el dinero! ¡ladrón! ¡ladrón! ¡ladrón!

Sin decir una palabra, Roubaud atravesó el comedor.

Sólo cuando estuvo en la puerta se volvió, dirigiéndola una torva y dura mirada.

—No me hagas la santísima, ¿eh?

Y se fué, sin que se oyera el ruido hecho por él al cerrar la puerta. Parecía que Roubaud nada había visto; ninguna alusión hizo al amante allí presente.

Al cabo de un gran silencio, Severina se dirigió hacia Santiago diciéndole:

—¿Qué te parece?

Este, que no había dicho palabra alguna, se levantó, y dió su opinión.

—Es hombre al agua.

Ambos convinieron en ello. A la sorpresa que la causaba ver el amante tolerado, después del amante asesinado, sucedía un asco por el marido complaciente. Cuando un hombre llega á ese punto, está ya en el lodo y puede revolcarse en todos los fangos.

Desde aquel día, Santiago y Severina tuvie-

ron toda libertad, aprovechándola sin ocuparse para nada de Roubaud. Pero ahora que el marido ya no les inquietaba, su gran pesadilla era el espionaje de la señora Lebleu, la vecina que siempre estaba en acecho. No había duda, algo sospechaba. Por más que cuando iba á visitar á su amada, Santiago cuidaba de moderar el ruido de sus pasos, veía entreabrirse imperceptiblemente la puerta de enfrente, mientras que por una rendija distinguía una persona que le observaba. Aquello se le iba haciendo intolerable; ya no se atrevía á subir, pues al arriesgarse, sabía que estaba allí la Lebleu, sin despegar el oído de la cerradura; de modo que no les era posible á los amantes darse un beso, ni podían hablar siquiera con libertad. Entónces fué cuando Severina, exasperada ante aquel nuevo obstáculo que se oponía á su pasión, volvió á emprender contra los Lebleu su olvidada campaña, para ocupar de nuevo la antigua habitación. Sabido era que siempre había vivido allí el subjefe.

Mas no eran ya las vistas magníficas, las ventanas dando sobre el patio de la salida, y sobre las alturas de Ingonville, lo que ella apetecía. La única razón de su deseo, razón que no confesaba, era que el cuarto tenía una segunda entrada, una puerta que daba á la escalera de servicio. Santiago podría entrar y salir por allí, sin que la señora Lebleu sospechase siquiera la realización de tales visitas. En una palabra, estarían libres.

La batalla fué terrible. Aquella cuestión, que

otras veces había apasionado todo el pasillo, surgió, haciéndose de hora en hora más enconada. La señora Lebleu, ante la amenaza, se defendía desesperadamente, segura de morir si la encerraban en la negra habitación de la parte posterior del edificio, que se hallaba cerrada por la plancha de plomo de la marquesina; cuarto triste como un calabozo.

¿Cómo querían que viviese en el fondo de aquel agujero, acostumbrada como estaba á su cuarto tan claro, abierto sobre el vasto horizonte, y donde alegraba su ánimo el continuo movimiento de los viajeros? Además, sus piernas la prohibían todo paseo, ya sólo tendría ante sí la vista de un techo de zinc. Así que valía aquello como si se propusieran matarla enseguida. Por desgracia, estas razones sólo eran sentimentales, y bien obligada se veía á confesar que el cuarto le había sido cedido por el antiguo subjefe, el predecesor de Roubaud, que por ser soltero, tuvo la galantería de ofrecérselo; y hasta debía existir una carta de su marido comprometiéndose á devolverlo, si algún nuevo subjefe lo reclamaba. Mas como no se había encontrado aún la carta, la señora de Lebleu negaba la existencia de dicho papel.

A medida que su causa tomaba peor aspecto, la Lebleu se hacía más violenta, más agresiva. Por un momento trató de interesar en su empeño, comprometiéndola, á la mujer de Moulin, el otro subjefe, la cual, según la señora Lebleu, vió que besaban algunos hombres en la escalera

á la señora de Roubaud; y Moulin se había enfadado, pues su mujer, muy dulce y por completo indiferente á todo, juraba, llorando, no haber visto ni haber dicho nunca cosa alguna. Durante ocho días aquella chismografía desencadenó la tempestad, de una á otra punta del pasillo.

Pero la falta mayúscula cometida por la señora de Lebleu, la que debía ocasionar su derrota, era estar siempre irritando, con un espionaje obstinado, á la señorita Guichón, la expendedora de billetes. La idea fija que tenía de que la señorita Guichón iba todas las noches á ver al jefe de estación, y la necesidad de sorprenderla, necesidad ya enfermiza, y tanto más aguda cuanto que desde hacía dos años venía entregándose al acecho, sin haber podido sorprender la menor cosa, ni un cuchicheo, era la manía constante de la Lebleu que, sin embargo, estaba cierta de que dormían juntos, lo cual la ponía loca.

De suerte que la señorita Guichón, furiosa al no poder entrar ni salir sin espías que trataran de sorprenderla, influía ahora para que la echaran á la habitación del patio; así les separaría un cuarto, y siquiera no la tendría enfrente ni se vería obligada á pasar por delante de su puerta.

Bien claramente se comprendía que el señor Dabadie, el jefe de estación, hasta ahora desinteresado en la lucha, se ponía cada día más en contra de los Lebleu: grave señal.

Otros disgustos complicaron la situación. Fi-

lomena, que ahora llevaba huevos frescos á Severina, era muy insolente cada vez que encontraba á la señora de Lebleu; y como ésta dejaba á propósito su puerta abierta, para fastidiar á todo el mundo, mediaban continuamente, al pasar Filomena, palabras desagradables entre las dos mujeres. La intimidad de Severina y Filomena había llegado hasta las confidencias; esta última hacía los encargos de Santiago junto á su querida, cuando él no se atrevía á subir. Filomena llegaba con los huevos, cambiaba las citas, y daba cuenta de todo. A veces Santiago, cuando se presentaba un obstáculo, se quedaba gustoso en la casita de Sauvagnat, el jefe de Depósito.

Iba allí con su fogonero Pecqueux, como si, necesitando olvidar, temiese vivir solo parte de la noche. Es más, cuando el fogonero desaparecía para ir de juerga á las tabernas de marineros, entraba Santiago en casa de Filomena, la encargaba algún recado, se sentaba y ya no salía de allí. Ella, poco á poco, mezclada en aquel amor de Santiago y Severina, se enternecía, pues hasta entonces sólo había conocido amantes brutales. Las manos pequeñas y los modales corteses de aquel muchacho tan triste y tan dulce, le parecían golosinas que aún no había probado.

Con Pecqueux tomaba tan sólo el plato del día: las consecuencias de las borracheras y más golpes que caricias; mientras que cuando Filomena llevaba una palabra amable del maquinista á la mujer del subjefe, saboreaba, como

si estuviera interesada en ello, el gusto delicado de la fruta prohibida.

Un día le contó sus pesares, se quejó del fogonero, un cazurro, decía ella, con su carita risueña, muy capaz de dar un mal golpe cuando estaba borracho.

Notó Santiago que cuidaba más su grande y ardiente cuerpo de yegua delgada, codiciable, á pesar de todo, por sus hermosos ojos de pasión; observando que se emborrachaba menos, y que tenía la cara menos sucia.

Su hermano Sauvagnat, al oír cierta noche una voz de hombre, entró con la mano ya preparada para pegarla; pero al reconocer al joven que estaba allí, se contentó con ofrecerle una botella de sidra.

Santiago, bien recibido y curado allí de su tormento, parecía estar á gusto en aquella casa.

Así es que Filomena le demostraba una amistad cada vez más viva á Severina, diciendo pesates de la señora de Lebleu, á quien llamaba vieja bribona.

Una noche que se encontró con los dos amantes detrás de su jardincillo, los acompañó en la sombra hasta la casucha en donde generalmente se ocultaban.

—Es Ud. demasiado buena. Puesto que el cuarto le corresponde á Ud., yo sí que la sacaré de allí por los pelos.... ¡Arrímele Ud. una buena solfa!

Pero Santiago no era partidario de armar escándalo.

—No, no, el señor Dabadie se ocupa de eso; es mejor esperar que las cosas sigan sus pasos normales.

—Antes que concluya el mes—dijo Severina—dormiré en la otra habitación, y podremos vernos á cada momento.

A pesar de las tinieblas, Filomena la sintió, al decir aquello, estrechar tiernamente el brazo de su amante. Y les dejó para regresar á su casa. Mas oculta en la sombra, á treinta pasos de allí, se paró, volviéndose. Causábale una gran emoción el saber que estaban allí juntos.

Sin embargo, no era celosa; tenía únicamente la necesidad ignorante de amar y ser amada así.

Santiago cada día se entristecía más. Ya dos veces, pudiendo ver á Severina, había inventado pretextos para excusarse; y si alguna vez se entretenía en casa de los Sauvagnat, era también para evitar el ver á su amada.

No dejaba de quererla con un deseo exasperado, que había ido en aumento; pero en sus brazos, el espantoso mal se apoderaba de nuevo de él: un vértigo tal, que enseguida se desasía de ella, aterrado al notar que ya no era el mismo, y sintiendo dentro de sí algo como un instinto de bestia dispuesta á morder. Quiso echarse de nuevo en la fatiga de los largos viajes, solicitando trabajo suplementario, pasando doce horas de pie sobre su máquina, destrozado el cuerpo por la trepidación y abrasados los pulmones por el viento.

Sus compañeros se quejaban del duro trabajo de maquinista, trabajo que, según ellos, en veinte años come á un hombre; Santiago hubiera querido ser comido en seguida, nunca estaba bastante cansado; sólo era feliz cuando la Lisón le arrastraba, sin pensamiento, no conservando más que la vista para notar las señales.

Al llegar á un punto, el sueño le dejaba como muerto, y sin darle siquiera tiempo para poderse lavar. Sólo que al despertar se presentaba otra vez la idea fija. También había tratado de devolver su cariño á la Lisón, pasando horas enteras limpiándola, exigiendo de Pecqueux aceros relucientes como plata. Los inspectores que subían sobre su máquina durante el trayecto, le felicitaban. El hacía un gesto, quedaba descontento, pues sabía muy bien que su máquina, desde que quedó tanto tiempo parada en la nieve, ya no era la máquina robusta, sana y valiente de otro tiempo. Sin duda en la reparación de los émbolos y de los volantes había perdido algo de su alma, ese misterioso equilibrio de vida debido á la casualidad del montaje. Aquello era para él un sufrimiento; aquel decaimiento se convertía en una obsesión dolorosa, que le hacía perseguir á sus superiores con quejas exageradas, pidiendo reparaciones inútiles, é imaginando mejoras impracticables. Se le rehusaban y se volvía más tétrico, convencido de que la Lisón estaba muy enferma y que nada decente se podía hacer ya con ella. Su cariño se descorazonaba; ¿para qué amar, puesto que había de matar cuando amara?